

La Criada.

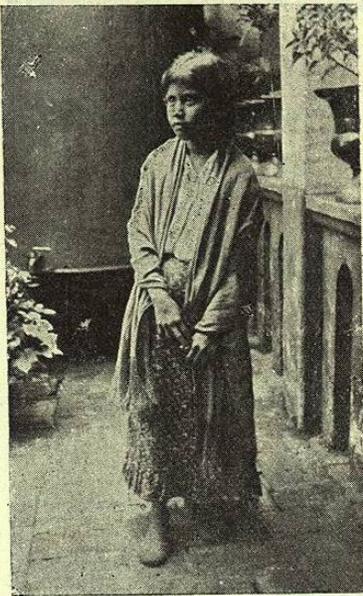
PEQÜEÑITA, vivaz, embustera y habladora, va de ma-
dado en mandado haciendo sisa.

Mandadera desde la edad de ocho á diez años,
llega á los doce conociendo los tiquismiquis de fre-
gonas, cocineras, amas y dueños.

Nunca quieta, siempre en movimiento, es la calle o
lugar de sus operaciones famulares, y tiendas y merca-
dos el sitio en que practica trapacerías y artimañas propias
de domésticos callejeros.

Pasma, si no indigna, verla sustraer mañosamente el
centavo de la peseta; meterse en cuentas de plaza cuando
no entiende un cero de aritméticas; comprar á cuatro para
entregar á diez; escudriñar por tiendas y mercaderías lo
más barato para beneficio de su bolsillo sin fondo y menos-
cabo de la economía doméstica; decir una mentira con el
desplante de deudor insolvente; andarse con repastos de de-
dos y cotejos de precios para alcanzar la rapiña; engañar
á dependientes de mostrador y á expendedores ambulantes
en el momento de la paga; llorar lágrimas de cocodrilo á
la hora de recibir *louelto* para reclamar cuatro centavos





en vez de uno; comer de hurtadillas las golosinas de los niños de la casa; y hacer tantas y muy grandes picardías que son la característica de su estado pobre y de su figura harapienta.

Ya de grande, cuando pelagra su pudor—si aún lo conserva—entre chicoleos de libertinos—frecuentadores de tratos con Celestinas—y retozos—matinales y atrevidos—con don juanes de mostradores y reboticas, deja de corretear por calles y tien-

das; la quitan de la sisa diaria—que en eso se ejerce en su oficio de mandadera—y la hacen galopina con promesas de volverla cocinera; aquí de las mañas para llevarse á escondidas el *bocadito*, robar la sal, la manteca y el piloncillo; beberse la leche para achacar el hurto á zapirón ajeno; comer á dos carrillos; meter baza en conversaciones discretas; murmurar del vecino y calumniar del prójimo; pedir *avios* para el lavado de una docena de ropa cuando sólo tiene una *muda*; alcahuetear á la niña de la casa en estado de merecer; verse al espejo más de lo que piden su cara sucia y su gesto gatuno, y andar á rezongos y altiveces cuando en justicia la reprende la *doña*.

Sucede á veces que de mandadera se queda en medio del arroyo; de brazos inconstantes de calavera callejero cae en los brutales de burdo cargador; y ahí, de paliza en paliza, de desahucio en desahucio y de embargo en embargo

rueda menesterosa y desvalida al hospital; ó cargada de prole hambrienta y desnuda, pordiosca de sol á sol, hasta que da con sus huesos en el cementerio, dejando por herencia á sus hijos la propia y peligrosa ocupación de hacer mandados, vagabundear calles, frecuentar tiendas, sisar centavos, pedir muestrecitas y *ñapas*, y engañar y mentir con creces y sin escrúpulo.

La mandadera—por su precocidad y travesura—es tipo propio del terruño; una especie de hongo que espontáneamente nace en los húmedos tugurios de las afueras, entre miserias de limosneros y descaros de prostitutas; con la mentira por credo y la rapiña por costumbre; su atributo es la canasta, ó el *tenate placera*, receptáculo—mugriento siempre—que oculta pebrezas que se recatan; su recurso es la mentira enseñada y no genial, que obliga á la sisa tentadora y al robo casero; su porvenir está entre el *fogón* que humea y el hogar del menestral, si no se interpone el arroyo que mancha y precipita al burdel y á la bacanal.

Traídas á largo estudio las tontunas y picardihuelas de las mandaderas, vienen á ser las tales—sin que pongan el grito en el cielo y maldiciones en la boca—un remedo de buzón que guarda los chismes y futilidades de la vecindad, en el cual tienen larga y minuciosa lista de nombres adornados con los epítetos más canallescros y los moteos no menos ridículos y vulgares; calumnian y ofenden por manía; á la dueña económica la llaman muerta de hambre; á la rígida, fregona; á la tolerante, bondadosa; á la pródiga, magnífica; y todas estas calificaciones se oponen con sus verdaderos significados.

También tratan de igual á igual á los amos; les pierden el respeto y les acaban la paciencia; para estas criadas la sumisión es afrenta, la obediencia humildad é hipocresía el respeto; entran á las casas como á país conquistado, sin saludos ni comedimiento, con altivez insolente y grosería truhanesca; para ellas no se hicieron reglamentos que sujetan ni leyes que obligan, salen y entran como por puerta cochera, hablan de tú á tú al amo y en todo se entrome-

ten; no existe código que las legisle ni autoridad que las mande; una tolerancia tácita ha producido esta anarquía entre mandantes y mandados, ha hecho este nivel que iguala las clases y suprime las categorías; esta democracia, de tejas adentro y de fregatrices para arriba, da malandrines y correvediles en vez de fámulas y sirvientes, aún cuando el jarocho lo dijo, con aguardentoso cantar y filosofía peripatética:

«Hasta los *pálos* del monte
Tienen su separación:
Unos nacen para santos
Y otros para ser carbón.»

Los criados se ponen los vestidos de los amos y gesticulan, y gallean, y mandan, y vociferan á igual que los esclavos en los nefandos días de las saturnales romanas; por eso no son estables en ningún acomodo, parecen cuerpos movibles, prontos á probar el movimiento continuo; mudan de casa con más prontitud y constancia que los pájaros de plumas; son vigilantes de costumbres íntimas y divulgadores de secretos familiares; saben de vecindades mejor que un juez de barrio; poseen más letra menuda que tinterillo lenguaraz, y hablan recio y soez sin prohibiciones de policía ni miramientos de sociedad; se largan del servicio cuando les da la gana y con las manos en la cintura como para probar que es una verdad aceptada aquello de: «quien dá pan á perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro.»



VI

El pan nuestro de cada día.

DE patio en patio sale el cantar lánguido de los gallos que soñolientos esperan la aurora: en matemáticos intervalos se escucha el quiquiriquí matutino, y cual si la canción de uno fuera el eco del otro, se sucede el alerta del gallinero hasta el amanecer.

Interrumpe el canto prolongado tal cual ladrido lejano de perro vigilante que se alarma del movimiento de las hojas de los árboles, ó del chirriar agudo de insectos y aves nocturnas.

El lucero del alba, prendido en el firmamento diáfano como faro sideral, parpadea con reflejos verdinos, palideciendo las estrellas del cielo.

A distancia oscila una luz rojiza que avanza en la nebulosidad de la madrugada; á poco se escucha la carraspera de garganta acariciada por el relente de la mañana, ó el silbar alegre de mozo que preludia los compases de la última danza tocada en el pasado baile de Pascuas; se acerca